

## LECCION L.

### PREPARACION DEL MESÍAS.

Pruebas destinadas á purificar los judíos, y hacerles desear y reconocer al Mesías.—Heliodoro castigado con azotes.—Anuncia el poder del verdadero Dios.—El santo anciano Eleazar; su martirio.—Historia de los Macabeos; su martirio.

La preparacion evangélica se habia hecho en Oriente por medio de las diferentes dispersiones de los judíos en Ninive y en Babilonia, y despues en el mundo entero con las conquistas de Alejandro. Merced á todos estos acontecimientos, era general el conocimiento del Mesías. Temiendo la Providencia que se debilitase en las naciones, ó para que fuera mas claro aun y mas universal, permitió que los gentiles de todas las partes de la tierra estuviesen perpetuamente en contacto con los judíos de Palestina durante los tres últimos siglos que precedieron á la venida del gran Libertador; y esta es la causa de las continuas guerras contra este pueblo, primeramente de los sucesores de Alejandro, y en seguida de los romanos.

Aquellas guerras tenian además otro objeto en las miras de la Providencia; preparaban á los mismos judíos para la próxima venida del Mesías. Aquellas guerras continuas y casi siempre injustas eran rudas pruebas destinadas á purificar de cada vez mas al pueblo judío, dándole la santidad conveniente para la digna recepcion del Mesías, y las luces necesarias para no desconocer al Deseado de las naciones. Los corazones puros ven la verdad mas claramente que los demás, y este glorioso privilegio forma ya en esta vida una parte de su recompensa.

Aquellas vejaciones no interrumpidas eran maravillosamente propias para excitar en su alma un vivo deseo del Libertador. El verdadero Salomon, al traer á la tierra la verdad y la justicia, debia desterrar con el tiempo la tirania, y hacer de todos los hombres un solo pueblo de hermanos. Fue una desgracia el que los fariseos, ce-

gados por el orgullo, falseasen las profecias y solo interpretaran la gloria, el poder y los triunfos del Cristo bajo un sentido material y grosero. La Providencia nada habia olvidado para precaver este fatal error, y no fueron víctimas de él los judíos dóciles y humildes, pues dando á las profecias su verdadera significacion, reconocieron como el Mesías prometido al género humano al humilde hijo de Belen, y el Señor quedó justificado.

No pudiendo relatar íntegramente la historia de los últimos siglos del mundo antiguo, vamos á circunscribirnos á ciertos hechos que muestran con evidencia la continuacion de la accion divina sobre los judíos y los gentiles para prepararlos al advenimiento próximo del Redentor.

El primero de estos hechos es el de Heliodoro. ¿Qué puede haber mas propio para recordar á las naciones la existencia del Dios de los judíos y la verdad de su religion, cuyo artículo fundamental era el Mesías, que el ruidoso castigo de aquel profanador y su testimonio personal?

Seleuco, rey de Siria, resolvió saquear los tesoros del templo de Jerusalem, y para ejecutar esta empresa sacrilega eligió á Heliodoro, intendente de su hacienda. Heliodoro partió para obedecer las órdenes de su Soberano, no afectando otro designio que el de visitar el gobierno de Judea. Llegó á Jerusalem, donde el gran sacerdote Onías, tan respetuoso con su Rey como fiel á su Dios, le recibió con toda clase de honores. El ministro no tardó en explicar el encargo que se le habia hecho, y declaró que iba de parte del Rey para que se le entregasen los tesoros del templo.

Onías le manifestó que el dinero que se custodiaba en la casa del Señor consistia en depósitos consagrados á la subsistencia de las viudas y de los huérfanos. Heliodoro hizo poco caso de las observaciones del Pontífice, y como la voluntad del Rey era su única razon, señaló dia para presentarse en el templo. Se habia esparcido por Jerusalem el rumor de esta sacrilega tentativa, y toda la ciudad estaba alarmada y aterrorizada. Los sacerdotes, revestidos de sus hábitos sagrados, se prosternan al pié del altar, y en esta humilde postura claman al Dios del cielo implorando que auxilie su templo; los ciudadanos desconsolados acuden en tropel de sus casas, y reunidos en el ardor de los mismos ruegos, suplican al Señor que no permita que su santa morada se vea expuesta á sacrilegos escarnios; las mujeres, cubiertas de ásperos cilicios, van



en tropel por las calles, y hasta las mismas vírgenes encerradas en el recinto del templo se creen en el deber de salir; unas corren hácia el gran sacerdote, otras hácia las murallas; algunas mas timidas se contentan con mirar desde el lugar de su retiro cuál va á ser el desenlace de tan triste acontecimiento; y todas juntas, con las manos elevadas al cielo, dirigen al Señor sus gemidos y sus plegarias. En medio de la confusion general, el soberano Pontífice muestra un exterior de consternacion, que es imposible mirar sin sentir hasta en lo profundo del alma el mas vivo dolor.

Heliodoro apresuraba en tanto con empeño la ejecucion de su empresa, y se hallaba ya en la puerta del tesoro, rodeado de una multitud de satélites que se disponian á forzarla, cuando en un momento tan desesperado manifestó el Señor ruidosamente su omnipotencia. De pronto, heridos por la mano de Dios los indignos esclavos que se habian atrevido á secundar el designio de su jefe, caen unos sobre otros y emprenden la fuga. Habian visto aparecer ante sus ojos un caballo magníficamente enjaezado, montado por un jinete de aspecto formidable, y cuyas armas parecian de oro, pues tan deslumbrante era su brillo. Este caballo se arroja con impetuosidad sobre Heliodoro, le hiere con los dos piés delanteros y le derriba en el suelo, y dos jóvenes llenos de majestad, resplandecientes de gloria y ricamente vestidos, se acercan entonces al profanador armados de látigos, le azotan sin descanso y le abruman á golpes. Heliodoro, tan rudamente castigado y envuelto en espesas tinieblas, es arrojado medio muerto en una silla y llevado fuera del recinto del templo, donde permanece largo rato sin movimiento, sin voz y sin esperanza de vida. ¡Admirable efecto de la justicia de Dios, que dispuso que el hombre temerario que se atrevió á entrar en su santa casa con todo el aparato de un triunfo, se viera arrebatado, cubierto de confusion, sin que nadie pudiera librarle del castigo de un Soberano omnipotente á quien sacrilegamente habia insultado; pero leccion muy importante al mismo tiempo para los profanadores y favoritos de los príncipes, que enseña á los unos el respeto debido á las cosas santas, y á los otros que deben resistir siempre los mandatos impíos con respetuosa pero invencible libertad!

Mientras Heliodoro yacia en el triste estado á que le habia reducido su impiedad, los judíos pasaron repentinamente del abismo del dolor al colmo de la mas pura alegría, y el templo resonó con los

cánticos de acciones de gracias. Los amigos de Heliodoro estaban ocupados de cuidados bien diferentes: no hallando en la tierra remedio para un mal dimanado del cielo, se dirigieron al mismo Onías instándole para que rogara al Señor que se dignara conservar la vida al que estaba próximo á exhalar el último suspiro.

Considerando Onías que si Heliodoro llegaba á morir, el Rey sospecharia de la malicia de los judíos y les atribuiria la muerte de su enviado, ofreció al Señor una víctima propiciatoria implorando la salud del moribundo. Era preciso además, segun los designios de la Providencia, que los gentiles aprendiesen de cada vez mas á conocer el Dios de Israel, la verdad de sus amenazas y la certeza de sus promesas, de las cuales la primera era la del gran Libertador. ¿Qué mas conforme á este plan divino que el mismo Heliodoro prestase testimonio de todas estas cosas y del poder del Dios de Israel, despues de haberlo probado por medio de innegables milagros, como el de su castigo y el de su curacion?

El Señor oyó los ruegos del gran sacerdote, mas no quiso que el culpable ignorase á quién debia la salud. Da gracias al pontífice Onías, dijeron los mismos Ángeles á Heliodoro, pues por él te ha hecho la gracia de la vida el Señor. Si has sido castigado por orden del verdadero Dios, ten cuidado de anunciar su poder, su verdad y todos sus prodigios hasta en medio de las naciones idólatras. Luminosas palabras que nos demuestran que el hecho de Heliodoro está unido al plan general de la preparacion evangélica.

Los Ángeles desaparecieron despues de haber pronunciado estas palabras, y Heliodoro se aprovechó de su terrible leccion. Ofreció un sacrificio de accion de gracias, acompañado de ruegos y de grandes promesas al Dios soberano, cuya justicia y misericordia acababa de experimentar; despues de haber dado gracias al soberano Pontífice, se apresuró á regresar con su comitiva á la corte del Rey su amo, y no avergonzándose de convertirse en apóstol de la verdadera religion, publicaba por todas partes las maravillas del gran Dios que habia visto con sus propios ojos, y que se habian verificado en su persona. Un dia le preguntó el Rey: ¿Quién crees que será mas á propósito para hacer una nueva tentativa en Jerusalem? Si teneis, le respondió, algun enemigo, algun conspirador, dadle esa comision, pues yo os aseguro que volverá con el cuerpo despedazado, si es que se libra de la



muerte. Es cierto que el templo de los judíos está lleno del poder divino, que el que habita en el cielo tiene allí su morada y se declara su protector y custodio, y que cualquiera que se atreva á entrar con designio de profanarlo, debe esperar un rudo castigo ó la muerte.

Si Dios tomaba tanto cuidado en preparar á los gentiles para el reinado del Mesías, aprovechando todas las ocasiones de darles á conocer la verdadera religion, no se ocupaba con menos solicitud de los judíos. Nada se omitió para purificarlos y desprenderlos de las cosas terrestres; jamás se vieron entre ellos tantos y tan hermosos ejemplos de una virtud ya enteramente cristiana. Parecia que el Sol de justicia hacia sentir mas vivamente su poderosa influencia, cuánto mas próximo estaba á aparecer en el mundo. No solamente la Judea no adoró mas ídolos, sino que hasta tuvo sus mártires de toda edad y sexo.

Antioco Epifanes, rey de Siria, fue el instrumento de que se sirvió el Señor para probar á su pueblo. Este Príncipe impío y cruel trató de abolir en Judea el culto del verdadero Dios; y pronto la sangre de los fieles regó toda la Palestina. En lo mas riguroso de la persecucion, vivia en Jerusalem un santo varon llamado Eleazar, que ocupaba uno de los primeros puestos entre los doctores de la ley. Era un venerable anciano, cuyo exterior lleno de dulzura y majestad inspiraba confianza y exigia respeto. Él fue el primer objeto de la rabia tenaz de los perseguidores; prendiéronle, le abrieron la boca por fuerza, y trataron de hacerle comer á pesar suyo manjares prohibidos. Su generosa resistencia le condenó al momento, y prefiriendo una muerte gloriosa á una vida deshonorada por un crimen, entregó su cabeza á los verdugos y marchó voluntariamente al suplicio.

Mientras iba con alegría á morir, movidos algunos de sus amigos por una criminal compasion, se le acercaron y dijeron: Permite que hagamos traer manjares que no son permitidos, y haz ver que los pruebas para que crean que has obedecido. Ese es un medio seguro y al mismo tiempo inocente de libertarte del suplicio. Mientras Eleazar oia estas pérfidas sugeriones, acudieron á su alma mil pensamientos nobles y animosos; se representó la honra de su vejez y de sus canas, la vida prudente y virtuosa que habia llevado desde niño, y la justicia y majestad de las santas leyes dadas por el Señor. Animado por tan grandes ideas exclamó: Que

me lleven al suplicio; no es propio de mi edad disimular y fingir, pues con esto engañaria á la juventud que creeria que Eleazar ha dejado á los noventa años la religion de sus padres por las supersticiones de los extranjeros, y se dejarian seducir apoyándose en mi disimulo y en el apego de la vida perecedera. Afearia mi nombre con un borron vergonzoso, y entregaria mi ancianidad á la execracion de todos los siglos. Además, aunque pudiera librarme de los suplicios de los hombres, ¿podria librarme durante mi vida y despues de mi muerte de la mano del Todopoderoso? Por el contrario, haciendo animosamente sacrificio de mi vida, me haré digno de mis largos años, y legaré á nuestros jóvenes un hermoso ejemplo.

Estas palabras pronunciadas con dignidad fueron reputadas un alarde de arrogancia y de orgullo, y le atrajeron un aumento de crueldad. Llegó finalmente al lugar de la ejecucion; desnudaron al venerable anciano, le arrojaron en el suelo, le ataron, y los verdugos le golpearon sin descanso ni compasion. En medio de tantos dolores el mártir exclamó gimiendo: Ya sabeis, Señor, que hubiera podido evitar una muerte tan cruel, y he preferido los tormentos que sufro. Sabeis tambien que padezco voluntariamente por temor de disgustaros. Tales fueron las últimas palabras del mártir; despues de lo cual, dejando con su muerte un raro ejemplo de valor y fidelidad, no solamente á la juventud judía, sino tambien á toda la nacion, fué á esperar la recompensa de su fe en el seno de Abrahan.

La noticia de su muerte, en vez de entibiar el celo de los verdaderos israelitas, solo sirvió para acrecentarlo, y la sangre de Eleazar fue un semillero de mártires. Despues de los combates de un anciano magnánimo, se vió entrar en la liza, de una parte, una madre con sus siete hijos en la flor de su juventud, y de otra parte, el mismo Antioco con todo el aparato de los perseguidores de la fe. ¡Digna hazaña de un gran príncipe la de desplegar la dureza de su corazon contra una mujer y contra niños! Les mandó á llamar, y les exigió que comiesen en el acto y sin replicar manjares prohibidos por la ley. Habiéndose negado, hizo que los desnudasen en su presencia, y mandó que les despedazasen las carnes con azotes. El mayor de los siete hermanos tomó la palabra sin asombrarse del castigo, y dijo al tirano: ¿Qué pretendes de nosotros y qué respuesta



esperas? Estamos prontos á morir antes que quebrantar las leyes que Dios ha dado á nuestros padres.

Tanta intrepidez llena de furor á Antioco, quien manda que se pongan á encandecer sartenes y calderas de bronce, y es obedecido sin tardanza. Entre tanto manda que corten la lengua al jóven mártir, le arranquen la piel de la cabeza y le corten las extremidades de los piés y de las manos en presencia de su madre y sus hermanos. Estando de este modo mutilado, manda que le apliquen el fuego, y despues de tan cruel ensayo, le hace arrojar, estando aun con vida, en una sarten candente, donde le ve quemarse desapiadadamente. La madre y los hermanos del héroe, en vez de lamentar su suerte, solo pensaban en infundirle aliento. El Señor, decian, tendrá en consideracion la justicia de la causa que defendemos, y nos consolará segun sus promesas.

Mientras fortalecian su alma con estos pensamientos, murió el primogénito, y no se suavizó con su muerte la crueldad del tirano, que acometió con el segundo, y mandó que se acercase para insultarle con amargura. Los verdugos le arrancaron la piel de la cabeza con los cabellos, y le preguntan si consiente en obedecer antes que despedacen todos los miembros de su cuerpo. No lo haré, responde el mártir; y es condenado al mismo suplicio que su hermano. No teniendo mas que un soplo de vida, dijo al Rey con una fuerza que solo Dios puede dar: Principe malvado, nos atormentas ahora; pero el Rey del mundo nos devolverá la vida con una gloria eterna.

Muerto éste, llegó el turno al tercero. Los verdugos le dicen que saque la lengua, y obedece; que les dé las manos, y se las tiende sin vacilar. El cielo me ha dado estos miembros, dice con seguridad, y los entrego con gusto, porque mi Dios podrá restituirmelos. El tirano y sus verdugos no pueden volver de su asombro viendo en tan corta edad tanto desprecio de los mas espantosos suplicios. Sin embargo, Antioco continúa su bárbara ejecucion con mas ira que sorpresa, y el cuarto, el quinto y el sexto de aquellos generoson niños, dignos imitadores de sus hermanos, espiran con valor en los mismos tormentos.

Durante su martirio, su madre, infinitamente superior á todo elogio y digna del eterno recuerdo de todos los buenos, veia sin conmoverse cual sufrían uno tras otro sus siete hijos los mas horribles

suplicios, y en vez de verter por ellos peligrosas lágrimas, les prodigó palabras animosas para asegurar su victoria. No obstante, quedábale aun la mas dolorosa inquietud.

Faltábale el último y el mas jóven. El tirano trató de seducirle, prometiéndole con juramento que le haria rico y feliz, y le daría su amistad. Tan viles halagos eran impropios en boca de aquel bárbaro, dirigiéndose á un niño que acababa de ver cual espiraban abrasados sus seis hermanos por mandato suyo. El tierno mártir los pagó con desprecio, y no se dignó contestar. Viendo que eran inútiles sus promesas, Antioco hizo que se acercase la madre y la empuñó á que salvase á su hijo; y en efecto, la infeliz empezó á exhortar con todas sus fuerzas á aquel resto precioso de su sangre, pero de un modo diferente del que el Rey esperaba. Burlándose del tirano é inclinándose hácia su hijo, le dijo en su lengua para que Antioco no la entendiera: Hijo mio, ten piedad de mí que te he llevado nueve meses en mi seno; mira el cielo y la tierra, te lo suplico; son obras del Dios que adoras; él las crió de la nada, así como á todos los hombres. Anímete este espectáculo, y enséñete á no temer á ese cruel verdugo; digno de tus hermanos, recibe la muerte con constancia, para que yo vuelva á hallarte con ellos en el descanso eterno.

Apenas habia cesado de hablar la madre, cuando el valeroso niño exclama: ¿Qué esperais? no obedezco los mandatos del Rey, sino la ley que Dios nos dió por medio de Moisés. El tirano no puede contenerse mas al oírle, y avergonzado de verse vencido por un niño, descarga sobre esta inocente víctima todos los rayos de su ira. El tierno mártir agota mas que sus hermanos la industriosa crueldad de sus verdugos; pero tan fiel como aquellos, conserva hasta el fin la pureza de su fe y su confianza en las promesas del Todopoderoso.

La madre, sola en medio de los cadáveres mutilados de sus hijos, triunfaba; aspiraba tambien al martirio, y aguardaba una parte de la gloria de sus hijos. Antioco, avergonzado de ceder é incapaz de perdonar, mandó que la madre sufriera la misma suerte que sus hijos; y se retiró despues confuso y avergonzado.

Así se extinguió en su propio seno una ilustre familia, destinada por el Señor para reconciliarle con Israel y preparar á los gentiles al advenimiento próximo del Mesías, dándoles á conocer la verdad y el poder del Dios de Abraham; familia que sacrificando su



vida se ha conservado en la memoria de los hombres mas honrosamente que si todos los que la componian hubiesen llevado cetros y coronas.

*Oracion.*

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por haber preparado el mundo para el advenimiento del Mesías con tan admirables medios; dadnos la fuerza de sufrirlo todo antes que perder vuestra gracia.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *tendré el mayor respeto á las cosas santas.*

LECCION LI.

UNIDAD DE LA RELIGION Y DE LA IGLESIA.

Religion una en su autor. — Una en su dogma. — Una en su moral. — Una en su culto. — Una en su objeto. — Iglesia una en su fundacion, en su destino, en su constitucion, en sus pruebas y en sus victorias.

Antes de abandonar el mundo antiguo, detengámonos un momento para bosquejar á grandes rasgos la historia de la Religion antes de Jesucristo, y de la sociedad que es su depositaria, y veréis brillar como dos rubies resplandecientes sobre la frente inmortal de una y otra la unidad y la perpetuidad, dos grandes caractéres que distinguen á la Religion y á la Iglesia de Dios de las mil religiones y sectas engendradas por las pasiones de los hombres y arrebatadas por el soplo del tiempo. La Religion es como un magnífico cuadro que Dios empieza en el origen del mundo, que bosqueja en tiempo de los Patriarcas, que perfecciona en el de Moisés, y que termina en el de Jesucristo. De modo que, aunque no siempre haya tenido el mismo grado de claridad y desarrollo, la Religion no ha dejado por eso de ser una, y la misma perpetuamente <sup>1</sup>.

I. *Una y la misma en su autor.* Revelada por Dios en el primer dia del mundo y fundada sobre las relaciones necesarias é inmutables que existen entre Dios criador, padre y fin último del hombre, y el hombre criatura é hijo de Dios gratuitamente destinado á verle cara á cara en el cielo, la Religion se referia en el Antiguo Testamento enteramente á Jesucristo venidero, lazo misterioso y necesario de la alianza entre Dios y el hombre, como en el Nuevo Testamento toda la Religion se refiere á Jesucristo descendido á la tierra. La fe en Jesucristo ha sido el fundamento de la Religion en todos los siglos. El judío para justificarse debia creer en la promesa de Jesucristo, como el cristiano debe creer en la venida de Jesucristo <sup>2</sup>. To-

<sup>1</sup> Véanse los textos citados en la Introduccion y las lecciones XIX y XX de esta parte I.

<sup>2</sup> Nec inter judæos et christianos, ullum aliud esse certamen nisi hoc: ut